

piedras preciosas, y el cetro real de oro, precedidas las oraciones de ritual, que dice el obispo de Pamplona, toma con sus propias manos la espada y se la ciñe, la desenvaina y levanta en alto en señal de justicia, y la vuelve á envainar; toma luego, dichas otras oraciones, la corona real y se la pone él mismo en la cabeza; finalmente, continuando las oraciones, toma el cetro con la diestra y se pone de pié sobre el escudo real, en el cual están pintadas las armas del reino. Sostienenle los barones y los procuradores de Pamplona; protestan los demás procuradores de los pueblos que ellos debían trabar también del escudo, y que el no hacerlo no les perjudique para en adelante. Levantado el rey en alto, claman todos por tres veces: *Real, Real, Real*, y entonces el rey derrama hacia todas partes moneda recientemente batida para este acto; y antes de bajar del escudo, lléganse á él el cardenal Legado y los obispos de Pamplona y Tarazona, y le conducen á un trono elevado, prevenido con gran magnificencia, y le ayudan á bajar del escudo diciendo las oraciones propias de la entronización. Hecho esto, entona el de Pamplona el *Te Deum*: cantan todo el himno, con voces alternadas, los obispos y prelados; siguen las jubilosas aclamaciones de los tres Estados y del numeroso público presente; y termina la ceremonia con la misa cantada, que celebra el obispo de Pamplona, en la cual recibe el rey la Sagrada Comunión, después de haber presentado, según fuero, telas de púrpura y oro y monedas durante el ofertorio.

¡En cuántas de estas solemnes ceremonias no habrá figurado el precioso Evangelionario de Roncesvalles!

Otro notable objeto artístico custodiado en la Contaduría es una capa pluvial, bordada y regalada á la Real Casa hace seiscientos años por Santa Isabel de Portugal, la esposa del rey D. Dionisio I, la cual bordó asimismo un hermoso manto para la imagen de Nuestra Señora que se venera en la Colegiata. Tiene la capa una soberbia pieza de imaginaria labrada con sedas de colores, é hilo de oro y plata, que es el capillón, con-

servado para evitar su deterioro en marco de oro y bajo cristal. Representa *el Calvario* con la Magdalena á un lado, arrodillada al pié de la cruz en que espira el Redentor, y á la izquierda, en segundo término, la Santísima Virgen, sentada con San Juan y las Marías, asomando por detrás Nicodemus y José de Arimathea, que traen los vasos para la sagrada unción, acompañándoles otros santos varones. Á la derecha, entre varios jinetes, se ve al Centurión, y en tercer término se divisan las cruces en que están clavados el bueno y el mal ladrón, descolando la ciudad de Jerusalén en lontananza, y dejándose ver en el cielo el sol y la luna entre grupos de nubes. Esta rica composición, de grande interés para el estudio de la imaginería y del arte del dibujo á fines del siglo XIII, presenta marcadas analogías con el estilo de las iluminaciones que se ejecutaban en Castilla en tiempo del rey D. Alonso el Sabio, bajo la influencia del arte francés.

No te recomiendo que te entretengas en examinar los *zapatos* de terciopelo carmesí del arzobispo Turpin y las llamadas *mazas de Roldán*. Según un mosaico de Ravena, el calzado de los obispos en el sexto siglo era el zapato negro común; según los escritores eclesiásticos del siglo noveno, era la sandalia. No sé si á fines del siglo VIII pudieron los arzobispos llevar zapatillas de terciopelo. —Las llamadas *mazas de Roldán*, una de hierro y otra de bronce, son, en términos de panoplia, dos verdaderos látigos de armas.

Estamos recorriendo todos los edificios de Roncesvalles que nos ofrecen algún recuerdo histórico ó alguna obra notable de arte, y aún no hemos visitado su célebre Colegiata. Su interés artístico en verdad no corresponde á su fama. El autor del poema hispano-latino que canta las excelencias de la Orden de Hospitalarios *Roscidae vallis*, y que debía saber muy bien, como coetáneo del rey D. Sancho el Fuerte, qué obras construyó éste en beneficio de la referida institución, nos dice claramente que lo que hoy llamamos *Colegiata* era la *iglesia de los peregrin-*

nos (1) erigida por aquel rey. No quiere esto decir que no hubiese antes allí mismo otro templo: en alguna parte hemos leído que en efecto lo había, y que la obra de D. Sancho fué una verdadera reedificación. Hízose esta según el estilo ojival primitivo, con notable sencillez y elegancia, y probablemente por arquitecto francés, según se colige por el estudio de la parte que aún se conserva de aquella fábrica de principios del siglo XIII, que es el crucero y el presbiterio, cuyas bóvedas están formadas por hermosas ojivas, sin florón ni ornato alguno en la clave. Pero en 1400, reinando Carlos el Noble, se incendiaron el pueblo de Roncesvalles y su iglesia (2); no sabemos qué suerte corrió ésta desde aquella época hasta principios del reinado de Felipe IV, en que la vemos reedificada nuevamente. Mas ahora la arquitectura greco-romana bastarda propia del siglo XVII, marca con su sello casi toda la fábrica de la insigne Colegiata, á tal punto, que el que penetre en ella sin fijarse bien en los hacecillos que sobre los pilares y de entre los arranques de los arcos suben á cerrar las bóvedas, derramándose por ellas en curvas gallardas y correctas, creará difícilmente que se alberga en una construcción del héroe de las Navas de Tolosa, donde los robustos pilares románicos, de forma cilíndrica, están enmascarados con machones cuadrangulares y medias columnas istriadas, y los afilados aristones de las bóvedas, disfrazados con fajas de pseudo-clásica arquitectura romana ó griega. Todo es *vignolesco* insípido, ó barroco, ó churrigueresco, en cuanto constituye el ornato de este templo: en su altar mayor, en los retablos de sus capillas, en sus sepulcros. El egregio fundador que al poner la iglesia de los peregrinos bajo el patrocinio de la reina de esas montañas, la Santísima Virgen de Roncesvalles, creyó sin duda que su enterramiento y la sagrada imagen de la milagrosa

(1) Verum strenuissimus vir, Rex navarrorum,
Construxit ecclesiam hic peregrinorum.

(2) Arch. de Compt. Caj. 92, n. 26, cit. por Yanguas en su *Diccionario de Antigüedades*, art. RONCESVALLES.

patrona se verían preservados de temerarias profanaciones, estaría muy lejos de sospechar que había de llegar una época en que se estimase homenaje de respeto y veneración el hacer una gran mascarada con la santa efigie, el templo y el sepulcro. D. Sancho el Fuerte, el que arrancó las cadenas de la tienda del Emir de los Almohades para timbrar con ellas el escudo de Navarra, aparece en la estatua orante sustituida en el año 1622 á su antiguo bulto yacente, como un cortesano almibarado del tiempo de Villamediana.—La profanación por fortuna es de menos importancia respecto de la imagen de la Virgen, puesta á la veneración de los fieles en el camarín que para ella se hizo en el gran retablo greco-romano del altar mayor, donde también se expone al Santísimo, pasando ella entonces á la capilla que tiene labrada para estos casos en un ángulo de la Sacristía. Descansa en una peana de plata exornada con querubines dorados á fuego, de la época que llamamos *del Imperio*, y de consiguiente muy inadecuada al estilo de la estatua, que es el de la escultura francesa del siglo XIII. Dícese que la antigua peana se hizo pedazos cuando, en una de las varias ocultaciones de que fué objeto la efigie, para librarla de un golpe de mano, cayó del macho que la llevaba por un derrumbadero abajo, padeciendo bastante con tal accidente.

Describió esta imagen el P. Juan de Villafañe en su *Compendio histórico* de las imágenes de la Santísima Virgen en España, y con exactitud, según se desprende del cotejo que hemos hecho de su relato con nuestras notas. Está la santa Madre de Dios sentada en su trono sobre un almohadón bizantino, primorosos ambos por sus labores y por su materia, de hoja de plata, como la que reviste la sagrada imagen, perfectamente adaptada á su bulto de madera. El trono es una arqueta con su cavidad y su portezuela, decorada con arcos trebolados y engastes de piedras preciosas, donde están esculpidos á medio-relieve, ó repujados, el arcángel San Miguel traspasando con su lanza al dragón infernal, San Pablo con su espada y San Pedro con las llaves,

y á los costados dos ángeles, con candeleros como los que aún llevan en las funciones de iglesia los acólitos de la Colegiata. Sostiene la Virgen á su divino hijo con su brazo izquierdo; Jesús, apoyando uno de sus piés en la rodilla de su santa Madre, y como en genuflexión con la otra piernecita, le pone la mano derecha en el pecho y tiene en la izquierda un pomito redondo; clava en ella su mirada con gesto risueño, y ella también le mira cariñosa con expresión grave y devota. En la diestra mano tiene Nuestra Señora un canutillo para poner flores. Mide esta santa imagen una vara escasa de altura, y cree el P. Villafañe que debe ser de madera de cedro ú otra materia incorruptible, porque habiendo estado siglos enteros en lugar húmedo y cubierto de tierra, pasando después por ella desde su aparición tantos años, lo natural era que se hubiese de algún modo destruído, y por el contrario no hay en ella la menor señal de deterioro.

El descubrimiento de esta santa imagen tiene su leyenda. Supónese—y las fechas en esta clase de piadosas tradiciones son lo de menos,—que allá en tiempos de una reina D.^a Oneca, cuya respetable personalidad se pierde en sombras, unos pastores que guardaban sus ganados por estas montañas, guiados de noche por un misterioso ciervo que llevaba luminarias en sus astas, se detuvieron junto á una fuente que brotaba entre peñas, donde resonaba celestial concierto de voces que entonaban la *Salve Regina*. Noticiosos del caso los monjes de Ibañeta, solicitaron del obispo de Pamplona permiso para hacer una piadosa investigación en el terreno adonde acudía el ciervo: el obispo tuvo en sueños, por revelación de un ángel, conocimiento de la certeza del prodigio, y otorgó la licencia: acudió al lugar donde manaba la fuente inmenso concurso de gente de todos aquellos contornos, juntamente con el prelado, los monjes de Ibañeta, el clero de Pamplona y todos los *jaonas* y señores feudales de las cercanías, y escombrando el terreno y excavando en él, después de aparecer el ciervo como de costum-

bre, hallaron un arco de piedra, y bajo su clave la imagen de Nuestra Señora, ante la cual, postrados todos y con fervientes voces, clamaron: *Salve, advocata nostra*; respondiendo la fuente con su murmullo: *Mater misericordiae, spes nostra, salve*.—Añádese que este privilegiado lugar donde la santa imagen fué descubierta, se exornó convenientemente para memoria del prodigioso suceso y para fomentar la devoción de aquellos montañeses á la Virgen de Roncesvalles. Se conservó el arco bajo el cual fué hallada, se construyó la fuente, y sobre el arco y la fuente se hizo un nicho donde se colocó otra imagen de piedra, igual en un todo á la aparecida (1); y se cuidó de conservar también bajo el arco una piedra labrada, descubierta con la santa imagen, en la cual estaba esculpida en bajo-relieve la figura de un prelado revestido de casulla y mitra, puesto en oración y como arrobado y extático ante un ángel con las alas extendidas y la mano señalando al cielo (2). Para colocar la imagen aparecida en sitio adecuado, y donde no la deteriorase la humedad, se construyó una primera iglesia, que lleva hoy el nombre de *Itzandeguía*.—Cuéntase, por último, que al visitar el rey D. Sancho el Fuerte la fuente de los Ángeles (3), descubrió letreros en su arco y mandó que no se destruyera ninguna de aquellas inscripciones.—Descartando de esta tradición todo lo que huele á conseja, y juzgando de la época de la santa imagen por su estilo artístico, creemos, según dejamos ya indicado, que es obra francesa del siglo XIII. De la fuente labrada después de la tradicional aparición, no hemos visto más que algunos frag-

(1) El licenciado Sarasa, autor de la interesante *Reseña histórica* de la Real Casa de Roncesvalles, nos dice que en 1877 sólo se conservaba del monumento antiguo de la Fuente, una piedra con las figuras de un obispo y un ángel; y que la estatua de piedra de la Virgen, que aún subsistía en 1838, fué brutalmente derribada y hecha pedazos por un militar salvaje.

(2) Así describe la obra hecha en el paraje donde se dice que la Virgen fué descubierta, el P. Juan de Villafañe que la vió.

(3) Este nombre lleva también la fuente donde se supone que fué hallada la milagrosa imagen de Nuestra Señora. Hoy se la nombra más comunmente la *fuente de la Virgen*.

mentos, por cierto no escasos de interés: pero no corresponden con la descripción del P. Villafañe. Según éste, juntamente con la imagen de la Virgen se encontró el bajo-relieve del obispo en oración y extático, contemplando la visión beatífica del ángel; y de las dos piedras esculpidas que nosotros hemos visto junto á la fuente, una representa un obispo acostado en su lecho, y la otra una capillita del siglo XIII, sin que podamos presumir qué relación guardaban entre sí estos dos fragmentos. El bajo-relieve que el P. Villafañe describe ¿qué significado pudo tener? No ciertamente el que le da el autor de la *Memoria* laureada, el cual supone que acaso se trató de perpetuar en aquella piedra el recuerdo del celoso prelado que salvó la santa efigie del poder de los moros, escondiéndola entre aquellas peñas, porque en la gran cuita de la irrupción agarena ¿cómo creer que el que ocultó la imagen tuviese calma suficiente y tiempo para mandarse retratar antes de llevar á efecto su generoso propósito? Por el contrario, en el bajo-relieve que nosotros hemos examinado, se ve claramente perpetuada la piadosa fábula que refiere cómo un ángel reveló en sueños al obispo de Pamplona la certeza del prodigio que le contaron los religiosos de Ibañeta. Y como los dos fragmentos que hemos tenido ante nuestros ojos son restos evidentes de una obra del siglo XIII, es para nosotros cosa poco menos que demostrada que la aparición de la Virgen de Roncesvalles con las extraordinarias circunstancias que especifica la piadosa leyenda, es puro cuento. Esto no obsta para que la santa patrona de aquella parte del Pirineo sea muy acreedora al fervoroso culto que se le tributa, porque para obrar Dios por su medio toda clase de portentos, no es condición indispensable que la efigie sea visigoda. Según dejamos indicado, puede ser francesa, hermana de las muchas y muy bellas que se labraron en las orillas del Eura, del Loira y del Sena, en el siglo más artístico y más romántico y caballeresco de la Edad media (1).

(1) El Sr. Fuentes y Ponte ha publicado el resto de leyenda que se conserva

Desde tiempo inmemorial se ha convenido en que durante la semana de la festividad de la Ascensión todos los habitantes de Valcarlos, de Espinal, de Burguete y de los lugares del valle de Arce, emprendan con religioso júbilo sus peregrinaciones al Santuario de Roncesvalles. Van allí los pueblos en masa con su párroco y su ayuntamiento: al llegar á la cruz del bosque ó *de los peregrinos*, empiezan á entonar la letanía lauretana; entran cantando en la Colegiata á las 8 de la mañana, todos juntos, los niños de la escuela con sus maestros al frente, los mozos solteros, los casados, los cantores, y detrás las mujeres. Oyen la misa que celebra el párroco respectivo, cantan la *Salve*, y regresan en el mismo orden que trajeron á la venida, con gran compostura, rezando el rosario por el camino. Los de Valcarlos salen de la iglesia á tomar algún refrigerio después de cantada la *Salve*, y oyen la misa luégo: el cabildo de la Colegiata los acompaña hasta la fuente de Iturriotz. Los de Espinal salen acompañados hasta la llamada *plaza de abajo*. Los habitantes del valle de Arce, como que muchos de ellos vienen de largas distancias, por riscos y barrancos, arrojando á veces inclementes aguaceros y descalzos por penitencia, se esperan por el camino unos á otros, y penetran en el valle de Burguete todos juntos, como un arroyo que á fuerza de recibir tributarios se convierte en torrente, pero en torrente mugidor y revuelto: porque aquellos infelices, pobres de bienes aunque ricos de fe, suelen llegar averiados y maltrechos, con los piés ensangrentados y cubiertos ya de polvo, ya de lodo, ofreciendo un cuadro semejante al de las turbas de los arlotes y de Pedro el Ermitaño en la primera cruzada. Éstos, sin embargo, en vez de venir á la manera de

en el plinto inferior del trono en que está sentada la Virgen, el cual, en excelentes caracteres franceses del siglo XIII, dice: «... IT: FIERI: THOLE: AD: HO...». Completando las palabras primera y última, cosa bien sencilla, lo que expresa este trozo de leyenda es: *fecit fieri Thole ad honorem*, etc. Entiendo que *Thole* es nombre geográfico, y recuerdo á este propósito que lleva el nombre de Tholen una población del Brabante septentrional; sin suponer por esto que la imagen sea obra neerlandesa, lo cual no sería imposible.